

El Cruce: los saqueos en 1989 en Moreno, provincia de Buenos Aires.

Anigstein, Cecilia y Fuertes, Gimena.

Cita:

Anigstein, Cecilia y Fuertes, Gimena (2007). *El Cruce: los saqueos en 1989 en Moreno, provincia de Buenos Aires. IV Jornadas de Jóvenes Investigadores. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-024/50>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/e7ne/M8y>

UNIVERSIDAD NACIONAL DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES GINO GERMANI
JORNADAS DE JOVENES INVESTIGADORES- 2007

Mesa: Conflicto social, protesta, cambio

Título: El Cruce: los saqueos en 1989 en Moreno, provincia de Buenos Aires

Gimena Fuertes - Gimenaf2002@yahoo.com.ar

Estudiante avanzada de sociología- UBA

Cecilia Anigstein - cngst@yahoo.com.ar

Socióloga- UBA

Introducción

Hay que observar, por de pronto, que la espontaneidad pura no se da en la historia, coincidiría con la mecanicidad pura. En el movimiento más espontáneo los elementos de "dirección consciente" son simplemente incontrolables, no han dejado documentos identificables. (...) Existe, pues, una multiplicidad de elementos de dirección conciente en esos movimientos, pero ninguno de ellos es predominante ni sobrepasa el nivel de la ciencia popular de un determinado estrato social, del sentido común, o sea, de la concepción del mundo tradicional de aquel determinado estrato.

Antonio Gramsci, "Espontaneidad y dirección conciente"

*Los procesos que significaron el genocidio, la expulsión y la redistribución de la población en el Gran Buenos Aires, también fueron acompañados de su proceso contrario: la construcción de una nueva territorialidad social, que incluye, por supuesto, la complicidad con el genocidio, la **neutralización por el miedo**, la corrupción, la delación, etc.*

Eduardo Bermúdez, "La disputa por un territorio: Los partidos del Gran Buenos Aires"

En diciembre de 2001, cuando los medios masivos difundieron la realización de saqueos a supermercados, hicieron referencia a un tipo de acción que integra el repertorio de la violencia popular en nuestro país: los saqueos. Los acontecimientos parecían seguir un libreto ya conocido: primero, los contingentes de pobres caminando hacia los centros comerciales locales, luego los saqueos y el despliegue selectivo de la represión policial. A continuación y por la noche, rumores de saqueos a domicilios favorecieron la organización de vecinos que

construyeron barricadas y prendieron fogones en las esquinas a fin de garantizar la autodefensa (Auyero, 2006; Cravino, Neufeld, 2001; Iñigo Carrera, Cotarelo, 1995). Los saqueos y la hiperinflación de 1989 se imprimieron en la memoria colectiva. A pesar de ello, una década después, en el momento de eclosión del sistema de paridad cambiaria, se revivieron aquellos episodios, esta vez más generalizados y con el agregado de luchas callejeras en la ciudad de Buenos Aires.

Las llamativas similitudes entre los saqueos de 1989/90 y los de 2001 presentan una serie de preguntas que dirigen la mirada hacia la década de los ochenta. La recurrencia de esta modalidad de violencia popular¹ opera como una advertencia a la hora de evaluar la novedad de los actores -y sus tramas organizativa-barriales. Si la crisis de 2001 puso sobre el tapete, en los cordones de pobreza que rodean las grandes ciudades de nuestro país, la emergencia de novedosas formas de garantizar la subsistencia a través de una extendida red clientelar tejida por los partidos políticos mayoritarios y un conjunto heterogéneo de organizaciones sociales que se erigieron como interlocutores del Estado (nacional, provincial, o municipal) ya sea a través de la movilización y el enfrentamiento o de la negociación y el acuerdo; nos preguntamos si dichas tramas políticas y organizativas son significativas en la década de los ochenta y que implicancia se puede establecer entre éstas y las acciones de saqueos.

A fin de responder a esta pregunta, se distinguen en este trabajo cuatro apartados. El primer apartado se refiere a las transformaciones que sufrió el peronismo luego de la derrota electoral de 1983 que volcaron la actividad partidaria hacia la sistematización de las prácticas clientelares y habilitaron un giro doctrinario-programático. El segundo, explica a grandes rasgos la constitución de una nueva territorialidad social en la región metropolitana. En tercer lugar, se intentará explicar como se desencadenaron los episodios de saqueos de 1989 en Moreno, a través de los distintos relatos relevados. Por último, se analizará el saldo político de los saqueos y como la violencia popular fue neutralizada y traducida en pos de garantizar la reproducción del orden imperante.

I- Las transformaciones en el peronismo en la década del ochenta

La política económica de la dictadura favoreció principalmente a los grupos económicos locales que diversificaron sus actividades y a los transnacionales que colocaron sus activos en

¹ Decidimos hablar de *violencia popular* porque no contamos con elementos que nos permitan definir a los saqueos como una forma de *protesta*, y por tanto, una acción colectiva. Creemos que excede los alcances de este trabajo dictaminar si estamos frente a una acción colectiva, aunque la pregunta por el carácter de la acción analizada constituye una de las inquietudes centrales de este trabajo.

calidad de créditos (tanto al sector público como el privado) y se perfilaron como acreedores privilegiados del estado Nacional. Pero, fundamentalmente, la política económica de la dictadura garantizó la desarticulación de la clase trabajadora organizada, disminuyendo drásticamente su participación en el producto nacional, desarticulando sus organizaciones, aniquilando a sus cuadros dirigentes.

El aumento progresivo del desempleo como resultado del proceso de desindustrialización que vulnerabilizó al actor sindical, la fuerte represión y la progresiva conquista de los gremios por parte de las cúpulas sindicales burócratas, que toleraron y fueron toleradas por el régimen militar restaron relevancia al lugar de trabajo, la comisión interna de fábrica, como espacio privilegiado de participación política de la clase trabajadora.

En lo que se refiere al movimiento peronista, ya durante el gobierno de Isabel Perón, la alianza entre López Rega y Lorenzo Miguel apartó definitivamente del partido a los principales enemigos del sindicalismo de corte vandonista: la Juventud Peronista y Montoneros, y la CGE (cuyo representante más significativo fue el Ministro de Economía Gelbard) y su Pacto Social. (Gutierrez, 1998).

Hacia 1983, subsistían únicamente dos sectores de peso: la dirigencia sindical² —en la cual sobresalía las 62 organizaciones peronistas, lideradas por Lorenzo Miguel, dirigente de la UOM (Unión Obrera Metalúrgica)- y el ala estrictamente política del partido -los caudillos provinciales, cuadros medios y punteros locales- que tenían una influencia relativa en los espacios territoriales del interior y en las localidades del Gran Buenos Aires.

Tras la derrota electoral de Luder, sobrevino una profunda crisis organizativa en el Partido Justicialista (PJ) y una pérdida de hegemonía de las 62 organizaciones. Pese a ello, algunos peronistas accedieron a cargos públicos, de tal modo que fue posible sustituir los recursos sindicales por recursos del Estado, cimentar alianzas con activistas barriales o zonales y edificar las llamadas *agrupaciones*, redes de apoyo informales que operaban al margen de los sindicatos. Los vínculos clasistas se sustituyeron por vínculos clientelistas en redes locales, más eficaces, para obtener votos y compatibles con la implementación de políticas neoliberales.

En el proceso mencionado, la aparición de *la Renovación*, corriente interna integrada por políticos urbanos progresistas, caudillos provinciales y el grupo de los 25 de origen sindical, tuvo un papel muy significativo. La idea de un peronismo democratizado,

² En 1983 la CGT estaba dividida en dos alas. Por un lado la CGT-Azopardo, con buenas relaciones con los militares. Y por el otro, la CGT-Republica Argentina, en la cual convivían Lorenzo Miguel y Raúl Ubaldini, que representaban al sector crítico.

modernizado y cuidadoso de las normas y procedimientos formales resulto una formula eficaz que favoreció la ascendencia de este sector. La Renovación se proponía ampliar las bases electorales del PJ hacia las clases medias y democratizar el partido, lo que implicaba sustituir el sistema corporativista por elecciones directas de candidatos y dirigentes.

La Renovación constituyó, en los distritos industriales, un entramado de agrupaciones locales establecidas por los miembros de los Consejos Deliberantes, los intendentes y los legisladores provinciales y nacionales. Dirigentes nacionales como Carlos Grosso (Capital Federal), Antonio Cafiero (Buenos Aires) y José Manuel de la Sota (Córdoba) unieron estas agrupaciones conformando fracciones provinciales capaces de jaquear a la fracción ortodoxa del partido. Entre 1985 y 1987 las facciones de la Renovación lucharon por ganar el control de las filiales del partido en todos los distritos industriales importantes, sentando las bases para asumir el liderazgo partidario en 1987 (Levitsky, 2004).

El Congreso partidario de 1987 sustituyó el sistema de tercios por las elecciones directas que daban el poder a quienes controlasen los votos. Ese año, Antonio Cafiero y otros renovadores, obtuvieron una importante victoria electoral. Cafiero asumió la gobernación de la provincia de Buenos Aires y los diputados nacionales de las 62 organizaciones fueron desplazados por renovadores.

A partir de ese momento, los recursos públicos, y ya no los recursos sindicales, pasaron a ser el vínculo principal entre el PJ y sus activistas y bases, ya que, para triunfar en elecciones internas, se requería una infraestructura para conquistar votos y esta infraestructura la provenía de los recursos del estado. En este proceso los sindicalistas se fragmentaron y formaron mesas informales a fin de trazar alianzas individuales con los políticos.

Los dos años que siguen son de puja interna dentro de la flamante dirección renovadora del partido. La lucha interna en la corriente renovadora entre Menem y Cafiero, que culmina con las elecciones internas de julio de 1988, son un momento de consolidación política y de recuperación de la performance electoral peronista. El hecho de que los candidatos se eligieran por voto directo y de que Cafiero contase con recursos e infraestructura públicos para financiar apoyos, es un elemento crucial en este trabajo. La intensificación de la actividad partidaria en los distritos gobernados por renovadores, como es el caso de Moreno, es un dato clave.

Cabe mencionar, que en los treinta años posteriores al golpe de Estado de 1955, la alternancia entre regimenes autoritarios y gobiernos democráticos no lograron cristalizar en un sistema de partidos ni en la consolidación de una sociedad democrática. A partir de 1987 y hasta la actualidad, el peronismo readquirió una renovada centralidad como *eje de gobierno* o

cemento excluyente –esto es, el monopolio virtual de un partido para ejercer el poder de manera permanente y estable y la debilidad congénita de sus adversarios para sostener gobiernos y mantener plazos constitucionales- y se asiste a la construcción progresiva de un sistema político; es decir, a la consolidación, no exenta de sobresaltos, de un tejido de hábitos y sobreentendidos del quehacer político (Cavarozzi, 2006).

Pero para que el peronismo pudiese erigirse como eje de gobierno, fue preciso que adaptara su estructura organizativa y su propuesta doctrinaria y enfrentase los desafíos que planteaba el nuevo escenario internacional y el proceso de reestructuración capitalista que se abrió durante los años setenta. Por un lado, la crisis fiscal, la capacidad creciente de movilidad del capital y la ideología neoliberal predominante modificaron los parámetros de la política tradicional en detrimento de los sindicatos. Por el otro, la gran expansión del sector terciario e informal y la desindustrialización crearon un vasto caudal de votantes de bajos ingresos que estaban orgánicamente desconectados de la organización gremial. Esta situación debilitó al movimiento sindical y su capacidad para aportar votos, recursos y paz social que había cimentado su hegemonía. (Levitsky, 1998).

En Moreno, a partir de 1987, el sector del peronismo que accede al gobierno municipal proviene de las entrañas de la renovación peronista, específicamente de la línea cafierista. Se trata de una gestión municipal que se identifica como *progresista* y lleva adelante medidas con intencionalidad democratizante tales como los llamados consejos comunales (órganos barriales integrados por la comunidad con capacidad de intervenir en la administración municipal). El hecho de que la gestión municipal motorice la única experiencia local conocida de toma de tierras para la conformación del asentamiento “San Ambrosio”, indica el clima político y la voluntad de construcción de hegemonía territorial por parte de la conducción local. El proceso de conformación de agrupaciones locales y afiliación se inicia en 1983 y tiene su punto más álgido en las elecciones internas de julio de 1988, donde, en Moreno, distrito oficialmente cafierista, gana la lista de Menem a pesar de no contar con el “aparato” local. De acuerdo a las entrevistas, durante estos años, la asistencia alimentaria no era, aún, una práctica sistemática del gobierno municipal, salvo en casos excepcionales como inundaciones. Asimismo, se enfatiza el carácter político de la “militancia”, en contraste con la mercantilización de la política propia de los años del menemismo.

II. La configuración de una nueva territorialidad social y la extensión de las prácticas clientelares

Una de las consecuencias inmediatas de la política habitacional de la dictadura fue un acelerado crecimiento poblacional en el conurbano bonaerense. Paralelamente, la redefinición de la acción estatal respecto de amplias esferas del consumo colectivo, supuso la destrucción de complejos circuitos de subsidio a la vida urbana, algunos consagrados jurídicamente en tanto derechos (servicios de salud y educación pública); y otros, con una entidad más difusa, que operaban a través de mecanismos económicos de subsidio a determinados rubros de la reproducción de la vida, distribuidos en forma de salario indirecto. El resultado fue un encarecimiento de la vida en la ciudad y una honda alteración en la configuración del modo de vida de los sectores urbanos (González Bombal, 1988).

El desalojo de las villas de la Ciudad de Buenos Aires, la liberalización de los alquileres, la ausencia de planes de vivienda populares y de crédito, las políticas de privatización periférica y la descentralización de la administración nacional hacia la esfera provincial o municipal de la gestión de servicios básicos como el agua o el tratamiento de residuos, profundizaron la pauperización de la población.

Este proceso de redistribución espacial de la población operó como factor de dispersión de la clase trabajadora, debilitando sus matrices identitarias y a la vez, indujo la constitución de una nueva territorialidad del espacio político-social a través de la reconfiguración del espacio urbano.

Así, en el Gran Buenos Aires, se produjeron cambios, rupturas y rearticulaciones que no se limitan a las modificaciones de las estructuras físico-espaciales ni tampoco a la diferente distribución de sus habitantes, sino que incluye modificaciones sustantivas de las relaciones sociales que contiene. Esto nos conduce a un ordenamiento diferente de los hombres y las cosas en ese territorio, a una articulación distinta a la que se podía verificar una década atrás entre el Gran Buenos Aires y sus habitantes, y a un comportamiento, que por lo tanto será diferente, de los sectores sociales involucrados. Es decir, se ha desarrollado un proceso de construcción de una nueva territorialidad social, producto de enfrenamientos entre los sectores sociales involucrados en la disputa del territorio, redistribución y disciplinamiento de la mano de obra. (Bermúdez, 1985)

En este contexto, tienen lugar la emergencia de experiencias de organización y protesta *en el territorio* de los sectores populares. Los vecinazos y las tomas de tierras (González Bombal, 1988; Schneider, Pozzi, 2003) constituyen expresiones de resistencia a los procesos mencionados más arriba.

La emergencia de una nueva configuración social pone de manifiesto el proceso de inscripción territorial de los sectores populares. Ligadas a la lucha por la vivienda y los

servicios básicos, esas acciones fueron construyendo un nuevo marco, y a la vez, un entramado relacional propio, cada vez más desvinculadas del trabajo formal. Una de las primeras consecuencias de esta inscripción territorial es que el barrio fue surgiendo como espacio natural de acción y organización, y se convirtió en el lugar de interacción entre diferentes actores sociales. El surgimiento de nuevos espacios organizativos dentro del barrio conoció un nuevo impulso, aunque fugaz, durante los episodios hiperinflacionarios de 1989 y 1990, visibles en la proliferación de ollas y comedores populares (Svampa, 2005).

Paralelamente y atravesando estas experiencias de organización territorial, a partir de 1987, año en que Antonio Cafiero asume la gobernación de la provincia de Buenos Aires, se fueron multiplicando las practicas clientelares por parte del PJ que operaban en el marco de redes de resolución de problemas barriales. De hecho, los primeros ensayos de asistencia alimentaria de los 80 fueron seguidos por una política sistemática de ayuda social cuyo momento de mayor expansión se dio durante el gobierno de Carlos Menem cuando se produce la segunda ola desindustrializadora (entre 1991 y 1997).

De acuerdo con Javier Auyero, consideramos que estas redes de resolución de problemas que administran localmente los recursos públicos son producto de interacciones regulares y sostenidas en el tiempo, las cuales deben ser cultivadas y practicadas de manera constante y constituyen una serie de círculos de forma irregular que pivotan alrededor del puntero / referente. La capacidad de estos mediadores (los punteros) depende de la etapa de construcción de la red clientelar. Los clientes son aquellos detentadores de problemas. Los lazos se extienden más allá del momento fugaz en el que se realiza la transacción y el mediador político cumple un papel central en la canalización de recursos, bienes y servicios del partido o de una estructura estatal particular hacia el barrio. Los referentes y sus círculos tienen acceso a una información útil, y la mayoría de las veces, vital (por ejemplo saben cuando, donde y quien reparte bolsones de alimentos). En la medida en que los habitantes de un barrio dependen del mediador para obtener información o recursos materiales, podemos decir que éstos gozan de poder posicional, ya que, el poder del mediador se deriva de su posición en la red, y de la posición de la red misma en la estructura del barrio (Auyero, 2000).

Sin embargo, en el Moreno de 1989 no encontramos redes de asistencia aceitadas y consolidadas. La ayuda estatal se limita a lo que se llamó “la Caja Pan”, una política de asistencia alimentaria implementada por el Estado en los últimos años de gobierno radical cuando la inflación licuaba progresivamente los salarios reales. Según se pudo indagar en las entrevistas, esta asistencia era distribuida en los establecimientos educativos o en los centros de salud de la zona.

II- Hiperinflación y saqueos

El fracaso del Plan Primavera, último intento por mantener la estabilidad económica, devino en mayor inflación, altas tasas de interés, disminución de la inversión, recesión y devaluación del dólar. En abril de 1989 la inflación fue del 33.4% y en mayo subió al 78.5%. El escenario se agravó debido a una sequía que destruyó gran parte de la cosecha cerealera y generó una situación de emergencia energética.

El 14 de mayo de 1989 se realizaron los comicios nacionales en los cuales Carlos Menem fue electo presidente. Durante ese mismo mes el dólar subió hasta los 175 australes, se sucedieron varios ministros de Economía y se cerraron los bancos y casas de cambio. Frente a la incertidumbre generada por el colapso financiero, la población recurrió al aprovisionamiento de víveres, en el marco de un incesante aumento de precios:

En ese tiempo era en todos lados que se entablaba la conversación, de que el sector empresarial estaba dando el golpe decisivo a Alfonsín con las maquinillas de precios, ¿no? Que iba a la mañana y aparecía un precio, a la tarde aparecía otro y a la tardecita otro, eso daba lugar a que se generalizara la conversación, ya sea en la carnicería, en el supermercado, en la parada de colectivos.

A partir del 24 de mayo comenzaron los saqueos en Rosario, luego en Córdoba y finalmente en el Gran Buenos Aires, Mendoza, Tucumán y Capital Federal. El momento más crítico tiene lugar entre el 26 y el 31 de mayo. Ese día el presidente Raúl Alfonsín decretó Estado de sitio por 30 días. La violencia se extendió hasta los primeros días de junio, momento en el cual el gobierno radical debió acordar con Carlos Menem el traspaso anticipado del poder.

Durante esos días se registraron 282 acciones, de las cuales el 30.1% se llevaron a cabo en el Gran Buenos Aires, 27.3 en la provincia de Santa fe y 13.5% en Córdoba (Iñigo Carrera, Cotarelo, 1995). Los saqueos a comercios provocaron la respuesta violenta de muchos comerciantes, quienes defendieron sus bienes y atacaron a los saqueadores.

En el Cruce Castelar –centro comercial sobre la Ruta 23, que demarca el límite entre el Municipio de Moreno y el de San Miguel- miles de personas fueron llegando de a grupos desde los barrios aledaños. Permanecieron un buen rato parados a la expectativa, ocupando todo el ancho de la ruta hasta que algún grupo, que nadie identificó, tuvo la iniciativa. En

pocas horas fueron saqueados uno a uno todos los comercios, salvo el supermercado “El Chivo” fuertemente custodiado por la policía. La opinión general es que los saqueos estaban “organizados” o “armados”, pero nadie pudo identificar a los emisores iniciales del rumor ni a los supuestos organizadores. El rumor del saqueo recorrió en un lapso de tiempo muy reducido todos los barrios de la zona. Algunos lo escucharon mientras viajaban en un colectivo. Otros por un vecino. Otros vieron gente pasar y preguntaron. Dado que los entrevistados confunden algunos detalles de los episodios de 1989 con los de 2001, no sabemos a ciencia cierta, si la gente se movilizó hasta el Cruce porque se rumoreaba en sus barrios la posibilidad de reparto de mercadería o si la idea lo que corría de boca en boca era de ir a saquear.

Algo similar ocurrió en Santa Brígida (también sobre Ruta 23, a un kilómetro aproximadamente del Cruce) donde se relata, incluso, la aparición de jóvenes que eran contratados para acarrear mercadería a vecinos o familiares desde la ruta hasta sus domicilios y la ausencia de represión policial. Ningún entrevistado pudo identificar cuando se empezó a usar el termino “saqueo”. Desde la actualidad, pareciera que el saqueo era algo aprendido por todos desde siempre. La policía actuó de manera poco clara, reprimiendo abiertamente en algunos casos o dejando hacer en otros. Durante las noches, se esparcieron rumores de saqueos a domicilios, y en los barrios se organizaron guardias de vecinos armados que construían barricadas o prendían fogones en las esquinas.

El caos y el miedo tuvieron como contra cara la organización de ollas populares en los barrios con el objeto de paliar el hambre, debido que no había comercios abiertos o todos ya habían sido saqueados. En muchos casos las ollas populares se hicieron con los productos saqueados o a través de almaceneros del barrio (en general, las almacenes barriales no fueron saqueadas). En una entrevista se relata el caso de una radio comunitaria que difundía las ollas comunitarias:

Acá el que hizo la olla popular, fueron los vecinos entre todos, vamos a decir,... se armó la olla popular porque la gente no tenía para comer. Juntaban lo poco que juntaban y hacían la olla popular acá en la esquina (...) y pedían en las almacenes, juntaban la misma familia, llevaban y donaban. Y eso siguió por un buen tiempo, se hizo casi dos años - Verónica, Bº Mariló

A los 3, 4 días aparecen las ollas populares a través de una radio comunitaria, que era de un militante peronista, radio la barrial, era metalúrgico, era como una organización social que estaba haciendo un papel

importante en ese momento de comunicar, invitar a gente a cuenta que estaba haciendo una olla (...) creo que la radio también comienza con el tema de de los saqueos y las ollas, la antena posiblemente en ese momento la consiguieron (...) Se cortaba la ruta y a ahí a veces se hacía la olla popular - Luis, militante barrial de B° Santa Brígida (San Miguel)

En muchos otros casos, las ollas populares se hicieron con recursos de la provincia de Buenos Aires, traídos en camiones, acopiados, administrados y distribuidos por el gobierno municipal y un puñado de militantes peronistas o voluntarios:

Lo que nosotros hicimos como gobierno, ya te digo, al otro día ya se abrieron ciento y pico de ollas populares en los barrios.
En ese tiempo en los barrios ya había militancia, el gobierno lo único que tuvo que hacer fue articular esa militancia, hacer el relevamiento de cuantos alimentos se consumían por día- Mario, funcionario municipal y militante de la renovación

Estos episodios han sido muy poco analizados³. El trabajo de PIMSA hace una descripción objetiva y un registro cuantitativo de las acciones. Los saqueos son definidos como una revuelta, forma más espontánea y primitiva de la lucha de clases. El trabajo “Los saqueos y las ollas populares de 1989 en el Gran Buenos Aires. Pasado y presente de una experiencia formativa” de Cristina Cravino y María Rosa Neufeld, hace, a nuestro entender, un aporte más valioso. El acento está puesto en el carácter formativo que dicha experiencia (los saqueos y las ollas populares) tiene para sus protagonistas. Los saqueos y las ollas populares posteriores son considerados una forma de acción colectiva comparable a las tomas de tierras. Las autoras consideran que este repertorio de acciones (tomas de tierras, saqueos y ollas populares) constituye experiencias formativas que consolidan la unidad y la organización barrial. Solo en parte acordamos con las conclusiones de este trabajo. Consideramos que es necesario distinguir entre las tomas de tierras, como experiencias de organización territorial que dan lugar a reivindicaciones específicas y las acciones de saqueos, que presentan una complejidad mayor por su grado de inorganicidad. El objetivo de este trabajo, justamente, es intentar desentrañar en la interacción social rutinaria elementos que

³ Al respecto, véase: NEUFELD, M. R.; CRAVINO, M. C. (2001). “Los saqueos y las ollas populares de 1989 en el Gran Buenos Aires. Pasado y presente de una experiencia formativa”. Revista de Antropología v.44 n.2. San Pablo. Brasil; IÑIGO CARRERA, N.; COTARELO M. C. (1995) *Revuelta, motín y huelga general en la Argentina actual*. Documentos de trabajo N°7- PIMSA y VVAA (1999) *A diez años de los saqueos en Rosario. Crisis social, medios y violencia*. CECYT/CEHO/UNR. Rosario.

expliquen la emergencia de este tipo de acciones, que si bien a simple vista parecen cuestionar de cuajo la organización social vigente, no sobrepasan los límites que imponen las rutinas políticas dominantes.

La experiencia de la hiperinflación constituyó un punto de inflexión en la historia política nacional. La hiperinflación significó una rotunda caída del salario real, la contracción de la actividad económica, la suspensión de la cadena de pagos, el reemplazo de la moneda nacional por el dólar y el afianzamiento de aquellas posturas que afirmaban la necesidad de una apertura del mercado y un achicamiento del Estado. En términos de la experiencia vivida, la hiperinflación confrontó a los individuos con la pérdida súbita de los marcos que rigen los intercambios económicos, a través de la desvalorización –y desaparición- vertiginosa de la moneda nacional. La crisis inflacionaria apuró el recambio presidencial y sentó las bases para el consenso neoliberal en diferentes sectores sociales. (Svampa, 2005)

Los saqueos de 1989 se desarrollaron en una coyuntura de “ruptura del contrato social”. Se trata de un momento en el cual las mercancías no tenían precio y la moneda local había dejado de funcionar como equivalente general: socialmente, el momento en que se ha roto lo que aparece mediando todas las relaciones que forman la base de la sociedad capitalista: el dinero (Iñigo Carrera, Cotarelo, 1995) La incertidumbre monetaria mina las bases de la organización social capitalista y erosiona la soberanía política, y, ante una legalidad social que se desvanece, el saqueo, como forma de garantizar los derechos básicos de la clase trabajadora, cobra legitimidad. Cabe preguntarse si los saqueos expresan, en su inmediatez y desorganización, la noción históricamente construida de cual debía ser el poder de compra de los salarios, y por tanto, el valor de la fuerza de trabajo. Tal vez, se trate de uno de los elementos que dieron legitimidad, durante los primeros momentos, a los saqueos.

III- Durante el día el arrojo... La neutralización por el miedo y el saldo político de las ollas populares

A medida que avanzábamos en el trabajo de campo fuimos encontrando escollos a nuestras inquietudes iniciales. En un trabajo previo, en el cual se analizaron los episodios de saqueos en la crisis de 2001 (Anzorena, Anigstein, 2006), encontramos que el rumor, como modalidad de comunicación privilegiada en las tramas barriales, adquiría centralidad como factor desencadenante de los saqueos de diciembre de 2001. Esto nos llevó a indagar infructuosamente el estado de estas tramas barriales y redes de resolución de problemas del PJ en los momentos previos a los episodios de saqueos de 1989. Los entrevistados no recordaban

la existencia de estas redes o la presencia de punteros o bien, las identificaban en los años noventa durante la gobernación provincial duhaldista (a través del Plan Vida y por la presencia de manzaneras) y la implementación de las distintas versiones de subsidios al desempleo (Plan Trabajar, Plan Barrios Bonaerenses, entre otros). Pero si recordaban las ollas populares posteriores a los saqueos.

En virtud de esto, abocamos nuestra atención en los saldos de los episodios y no ya en sus desencadenantes. No se ignoran aquí la existencia de organizaciones sociales de base, punteros o comedores en la zona estudiada durante los primeros años ochenta, pero su identificación y análisis merecen un trabajo de campo exhaustivo. Sin embargo, en los relatos de los entrevistados, no hay un registro de esto. Todo parece comenzar luego de 1989, ya sea, luego de los saqueos, ya sea a partir de que asume Menem a la presidencia (2 meses después de los saqueos). Antes *“había militancia... todavía no se había mercantilizado la política”*.

De las siete entrevistas que realizamos, dos son las que aportaron mayores elementos. La primera se realizó a un dirigente barrial, José, quien ostenta una nutrida trayectoria de participación política: militancia gremial principalmente en la rama metalmecánica en los años sesenta y setenta, exilio interno en la Villa 31 durante la dictadura, participación en la organización de una cooperativa de vivienda como respuesta a la expulsión de los villeros de la capital y finalmente fundación de una biblioteca y museo barrial. Por otra parte, se entrevistó a un militante peronista que fue funcionario municipal en tiempos de saqueos, Mario. Este entrevistado tiene una larga historia dentro del peronismo en Moreno y pudo relatarnos como era la actividad de la juventud peronista en los años previos a la dictadura, como fue el “reencuentro” de los militantes en los primeros años de la década de los ochenta, como se fueron conformando las agrupaciones renovadoras y como, en fin, actuó el municipio frente a los episodios de saqueos de 1989.

El dialogo entre ambas entrevistas generó varias tensiones. A la pregunta por el emisor inicial de los saqueos, ambos cruzaron acusaciones, expresaron sorpresa, sospecharon de maniobras oscuras (premeditación de los hechos) y finalmente comentan como se pusieron a trabajar.

Lo que origina este desastre de los saqueos, esta cuestión que el peronismo empieza a movilizarse...Como podría decirte, con campañas y a incentivar la inquietud, el malestar de la gente (...) ahí aparecen los primeros punteros- José

José organizó una copa de leche, solventada con su sueldo, y fue el puntapié inicial de la organización de la biblioteca y museo que actualmente preside. Mario, como parte del engranaje municipal, participó del despliegue, con recursos de la gobernación Cafiero, de un operativo para paliar el hambre de la población que implicó la movilización (sin precedentes) de recursos y “voluntarios” a fin de alimentar las ollas populares existentes y crear otras, allí donde no había.

Fue muy dramático eso, porque de repente había que sostener no se cuantas toneladas de alimentos por día, había que traerla, porque la mandaban de La Plata, porque todos los recursos municipales estaban puestos en función de esa organización. Porque no era una olla popular, era la organización de esa olla popular multiplicada por cien, los alimentos, toda una infraestructura... los camiones- Mario

Ambos entrevistados intentan explicar los saqueos como resultado de una conspiración política y cuando se desestima esa posibilidad sugieren que fue el hambre y el enojo de la gente por los aumentos de precios. Ambos entrevistados definen al militante de aquellos años (con valoraciones disímiles en cada caso) en contraste con los “*punteros del menemismo*”

Lo que veía, por ejemplo, si yo salía a la esquina y ahí había algún peronista que estaba dando vueltas y decía, incluso mucho antes del saqueo decía, un día de estos va haber los saqueos (...)ahí es donde se trabajaba para levantar la efervescencia para llevar a cabo... porque fue casi premeditado- José

Algunos elementos indican que a partir de los saqueos de 1989 dan sus primeros pasos modalidades de intervención política que pronto maduran y se consolidan como prácticas clientelares. Las medidas oficiales de contención a través de la provisión de mercadería a las ollas populares dan lugar a la aparición de nuevos mediadores, líderes o dirigentes barriales que estrechan lazos y aprenden a proveerse de los recursos públicos, a negociar con políticos locales, a estar atentos a los recursos disponibles, etc. Creemos que este andamiaje político que se monta en Moreno alrededor de las ollas populares y la consolidación de dirigentes barriales es capitalizado años más tarde por otras gestiones y fundamentalmente por el PJ.

Conclusiones

Durante el gobierno radical, los levantamientos del agrupamiento militar carapintadas, las presiones de los acreedores externos, las corridas inflacionarias, los 13 paros nacionales que realizó la CGT y una arena política compleja donde, entre otros, tuvieron cabida el auge efímero de algunas corrientes de izquierda como el PI, el MAS, la juventud comunista o los episodios de la Tablada, ilustran el clima de convulsión e inestabilidad de aquellos años.

Inmediatamente luego de la victoria electoral del peronismo, se iniciaron los episodios de saqueos en los centros urbanos e industriales del país (Rosario, Córdoba y el Gran Buenos Aires) justamente allí, donde la renovación había disputado y ganado a la conducción ortodoxa. Si, efectivamente, no intervino alguna red vinculada al partido político peronista en la propagación del rumor, sí pudo en cambio, posteriormente, canalizar, capitalizar y dirigir esa fuerza extraña que llevó a miles de “vecinos” a apropiarse de aquella mercadería que no habían comprado. En consecuencia, los saqueos no constituyeron una impugnación al orden social imperante que consagra la propiedad privada de los medios de vida y la explotación del trabajo, sino, simplemente un momento de tensión en el cual tomó carácter público y legítimo la voz del “necesitado” o pobre, tal como éste es construido por la retórica y performance peronista. Luego de la crisis de 1989, y a partir de la consolidación de las redes clientelares, los antaño militantes y dirigentes barriales, se sometieron a un proceso de transformación ideológica que afectó al peronismo en su conjunto y que se relaciona con los cambios doctrinarios y organizativos del partido necesarios para garantizar el control social imprescindible para concreción del proyecto neoliberal.

La precaria legitimidad de la acción se desvaneció a las pocas horas y dio paso a la moral de la igualdad liberal. Si algunos rompían las reglas, cualquiera podía volver a hacerlo. El saqueador podía ser saqueado. El miedo enfrentó a los saqueadores y los confinó en sus barrios. Los saldos políticos fueron capitalizados por el recientemente electo Menem y el miedo como dispositivo posterior de control social fue aprendido, sobre todo, por los punteros y la policía. El “hambre” y la “necesidad” como argumentos que dan legitimidad a la acción y su correlato: la distinción entre saqueadores virtuosos y oportunistas (Auyero, 2006) operó poniendo límites inmediatos a los objetivos de la acción. De la misma forma, los rumores nocturnos habilitaron la neutralización por el miedo de los sectores movilizados. De ahí que lo que cobra interés, no son tanto los mecanismos de activación de este tipo de acción sino la traducción política de sus resultados, que trocan esta forma de violencia popular en un elemento de desestabilización política.

El saqueo como forma de acción engrosó el repertorio de acciones directas que pueden ser perpetradas nuevamente en coyunturas favorables, cuando, por ejemplo, suben vertiginosamente los precios, un gobierno debilitado

Referencias Bibliográficas

ANZORENA, M. L., ANIGSTEIN, C. (2006) *Los rumores de diciembre: saqueos y fogones durante el 19 de diciembre de 2001*. Inédito.

AUYERO, J. (2000) *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*. Cuadernos Argentinos. Manantial

—— (2006) *La moralidad de la violencia colectiva: El caso de los saqueos de Diciembre del 2001*. Sociology Department. SUNY-Stony Brook

BERMUDEZ, E. (1985) *La disputa por un territorio: los partidos del Gran Buenos Aires*. Serie Estudios N°53. Cuadernos de CICSO.

CAVAROZZI, M. (2006) *Autoritarismo y democracia (1955-2006)*. Ariel. Buenos Aires

GONZALEZ BOMBAL, I. (1988). *Los vecinazos. Las protestas barriales en el Gran Buenos Aires, 1982-1983*. Colección Hombre y Sociedad. Ediciones del IDES.

GUTIERREZ, R. (1998?) “Desindicalización y cambio organizativo del peronismo, 1982-1995”

IÑIGO CARRERA, N.; COTARELO M. C. (1995) *Revuelta, motín y huelga general en la Argentina actual*. Documentos de trabajo N°7- PIMSA

LEVITSKY, S (1998) “Crisis, adaptación partidaria y estabilidad del régimen en la Argentina: el caso del peronismo, 1989-1995”

—— (2004) “del sindicalismo al clientelismo: las transformaciones de los vínculos partido-sindicato en el peronismo, 1983-1999” *Desarrollo Económico- Revista de Ciencias Sociales*. Vol. 44, N° 173. Abril- junio 2004. Buenos Aires

NEUFELD, M. R.; CRAVINO, M. C. (2001). "Los saqueos y las ollas populares de 1989 en el Gran Buenos Aires. Pasado y presente de una experiencia formativa". Revista de Antropología v.44 n.2. San Pablo. Brasil

SCHNEIDER, A.; POZZI P. (2003). "El proletariado de las catacumbas" en *De la revolución libertadora al menemismo. Historia social y política Argentina*. Imago Mundi. Buenos Aires

SVAMPA, M. (2005) *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Ed. Taurus.